LIBROdot.com

UNA RONDA DE VISITAS

HENRY JAMES

Digitalizado por LIBROdot.com
http://www.librodot.com

1

Había salido Mark Monteith sólo una vez desde su llegada; eso fue un día después: había desembarcado la noche del día anterior; entonces todo se le había venido encima, como habría dicho él mismo, todo había cambiado. Había llegado el martes; había pasado la mayor parte del miércoles en el centro de la urbe, informándose sobre el atenazante objeto de su ansiedad, esa ansiedad que en una súbita decisión lo había llevado a cruzar el océano hostil en pleno invierno; y fue mediante unos datos de los cuales tuvo noticia la noche del miércoles como midió el grado de su pérdida, midió, ante todo, el grado de su dolor. Eran éstas dos cosas diferenciadas, le parecía, pues, aunque ambas eran malas, una era mucho peor que la otra. No fue sino hasta que se hubieron consumido del todo los tres días siguientes, a decir verdad, cuando supo a punto fijo cuán malherido había quedado. El jueves por la mañana se había despertado, en la medida en que cabía decir que había dormido, con la sensación, al propio tiempo, de una cegadora nevasca neoyorquina y de una profunda aflicción interior. La furiosa tormenta blanca le habría impedido salir aun en el mejor de los casos, pero su estado de congoja era por sí solo razón más que suficiente.

Hasta tal punto se sentía angustiado, hasta tal punto se le entrecortaba la respiración, ante lo que le había acontecido, ante la afrenta, la amargura y, por encima de todo, la siniestra extrañeza, que, a medida que iba perfilándose y cobrando relieve el motivo de su consternación, erigiéndose allí frente a él como algo con lo que a partir de ahora tendría que vivir para siempre, le parecía estar a cargo de algo raro y alarmante, alguna violenta,

asustada, infeliz criatura en cuya compañía pudiera hallar, a buen seguro, escaso regocijo, pero cuyo comportamiento quizá no lo pondría en evidencia, ni lo comprometería en manera alguna, con tal que permaneciese vigilándola. Ni siquiera una farfullante cría de simio de una de las más salvajes especies, o una joven pantera inquietante, metidas de tapadillo en el ridículo gran hotel y cuya presencia fuese imperativo mantener oculta, habrían podido antojársele más necesitadas de secreta atención. El ridículo gran hotel —el Pocahontas, con sus pretensiones de estar realizado en un estilo «Du Barry»— constituía a todo su alrededor, delante, detrás, debajo, encima, en bloques e hileras y superposiciones, una suficiente magnitud defensiva; de modo que, entre el macizo laberinto y el clima neoyorquino, la permanencia en un faro durante una tempestad difícilmente le habría procurado un mayor aislamiento. Incluso cuando en el decurso de aquel horrible jueves se le ocurrió, a guisa de extraño consuelo, que los odiosos hechos confirmados no habrían de ser su única desdicha y que, habida cuenta de su irritada garganta y su probable fiebre, un coletazo de la epidemia, que eternamente estaba dándole coletazos, también era digno de atención... incluso entonces no supo resignarse a cama y caldo y oscuridad, sino que se entregó a dar aún más vueltas dentro de su elevada jaula y a contemplar aún más intensamente desde la décima planta la furia de los elementos.

Por la tarde solicitó que lo visitara un médico —el enorme establecimiento, que lo proporcionaba todo en grandes cantidades, tenía uno para cada grupo de las numerosísimas habitaciones— con objeto de que le confirmara que estaba demasiado *grippé* para cualquier cosa. Lo que su visitante, restando importancia a su afección, le dijo obstinadamente fue que estaba, más bien, demasiado «melancólico», y por causas que él indudablemente sabría mejor que nadie... lo cual era cosa muy distinta; pero «le mandó algo», le recetó calor *y* reposo *y* caldo *y* valor, *y* al día siguiente volvió como para administrarle una nueva dosis de esto último. Acto seguido dictaminó que iba poniéndose mejor, y el sábado lo declaró curado... tanto más cuanto que la tormenta había amainado y ya se habían ocupado de la nieve como sólo Nueva York, de la noche a la mañana, sabía ocuparse de las cosas. Ah, de cómo sabía ocuparse Nueva York —ocuparse, vale decir, de otras cantidades dejadas inermes a su alcance— era precisamente de lo que se dolía Mark; de modo que, como no dejaba de aferrarse a esta sapiencia, aquel sábado estuvo a punto de confesar abiertamente qué era lo que lo torturaba. Extrañamente, el médico introdujo el aire del hotel —un aire que el buen hombre, a instancias de su sencilla filosofía, deseaba esparcir alegre y concienzudamente—, expulsando todo eco de infortunios y sufrimientos e insistiendo sobre la sincera moraleja de que, máxime con el tiempo que hacía, ya los había de sobra para todos. Nuestro sufridor, a estas alturas, habría preferido franquearse ante alguien; el imbuirse, hasta la última punzada, de la fuerza entera de su dolor, el impregnarse de la totalidad del mismo como únicamente podía hacerlo a solas y en unas condiciones favorables al menos para esto, había sido su primer impulso natural. Pero ahora, a lo que se le alcanzaba, *debía* estar mejor; tantos deseos sentía de deshacerse de algo de la opresión de su espíritu.

La noche del jueves había hurgado entre sus pertenencias hasta dar con un marco de piel que contenía media docena de viejas fotografías, pequeña vitrina que era parte de su habitual equipaje (normalmente lo colocaba sobre alguna mesita cuando iba a residir suficiente tiempo en algún lugar); y desde una de las pulcras esquinas de rebordes dorados de este cómodo muestrario portátil, tan familiar como su espejito o sus peines, con dorsos y

monogramas ahora tan bellamente desvaídos y marchitos, que mucho tiempo atrás le fuera obsequiado por su madre, Phil Bloodgood lo miraba imponentemente. La imagen, no actual y sí algo palidecida, pero tanto más terriblemente sugestiva por ello, parecía posada allí, en una ventana inmemorial, a guisa de «señuelo» de la perdición largamente efectivo *y* sólo al fin desenmascarado. *Porque* era tan hermosamente apuesto, tan cautivador e inteligente y desenvuelto —amén de ser su primo tercero, o comoquiera que se denominase aquello, y haber sido uno de sus primeros compañeros de parvulario y uno de sus últimos compañeros de universidad—, había confiado en él tan sumisamente. Convivir de ese modo con su perenne, intacto, engatusador, traicionero rostro, ya había sido, deseaba nuestro viajero, convivir con la totalidad del dolor sufrido, ya había sido bebérselo de un único trago abrasador, apurándolo en seguida y no dejando sino las enfriadas heces. No obstante, si el médico, tendiendo la mirada en derredor en su tentativa de brindarle algún agrado, hubiera acertado a reparar en él, ya que tan destacado figuraba, e incluso quizá a reconocerlo, tal como Nueva York —y más o menos a sus propias expensas, sin ningún genero de dudas— ya lo había hecho tan abundante y lisonjeramente, el cáliz habría rebosado y Monteith, pese a lo segurísimo que pudiera estar de lo contrario, se habría deshecho raudamente en lágrimas.

«Oh, *él* es lo que me tortura: me tortura el hecho de que, habiéndolo dejado yo al cuidado de algunas de mis modestas inversiones, favor que se dedicó a hacerme durante mis diez años de ausencia, me haya despojado ladinamente de toda la pequeña suma, tal cual, y encima haya aprovechado la ocasión de mi regreso, lógicamente preocupado e intranquilo al fin, para `volar', diez días atrás, hacia lugares ignotos y todavía indeterminables. No se trata de los malditos dividendos en sí mismos, sin embargo; eso es unicamente un contratiempo enojoso y aún me permitirá continuar viviendo, aun cuando no sé muy bien cómo iniciaré un nuevo rumbo; se trata del horror de que eso lo haya tenido que hacer *él, y* de que me lo haya tenido que hacer *a mí...* sin atenuantes o, como si dijéramos, sin aviso ni excusa.» Esto, ante cualquier insinuación o estímulo, es lo que habría confesado... tan sólo para lamentar después, sin duda, haber malgastado sus impulsos e incluso profanado un poco su sinceridad. Lo cierto es que el médico ni siquiera le echó una ojeada a su grupo de retratos: hecho éste que dejó adivinar a nuestro amigo la esencialmente más vívida imaginería a que estarían habituados unos ojos cuya profesión era deambular de habitación en habitación, y de un caso extraño a otro, dentro de semejante establecimiento. Ante un hombre así, *él* no lograría desahogarse conmovedoramente, impresionantemente ni nada parecido: mucho más fácil sería que un hombre así —de no mediar el secreto profesional— vaciara allí su propia alforja de asombros: proezas de la observación, flores de rareza, flores de desesperación, flores de lo monstruoso, recogidas en el transcurso de sus consultas en el hotel. Incontables posibilidades, volviendo innecesario a cualquier médico, le pareció a Mark, pululaban y bullían tras sus puertas; aquello probaba que allí había un mundo inconmensurable, y por último, el domingo, se resolvió a salir de su habitación.

2

Todo, mientras recorría el edificio, seguía su curso: todas las ocupaciones de la vida, el trajín mismo del mercado y, en no menor medida, sorprendentemente, también el de la

guardería *y* el recreo, *y* en especial el sempiterno acto de arrellanarse al calor de la gran chimenea gregaria; aquello era por sí solo un auténtico escenario social, de ésos donde menudean los caracteres y arden las pasiones *y* se complican las tramas *y* se consuman las tragedias, sin contacto con ninguna otra esfera ni tal vez incluso con ningún otro elemento del exterior. Indicios de esto se le presentaban por doquier a medida que hollaba el laberinto, pasando de una increíble mascarada de objetos costosos, un ominoso «periodo» decorativo, una violenta etapa de publicidad, a otra; el agobiante calor, la exuberancia, la incontinencia, la profusión, el colorido, evocaban alguna fabulosa selva tropical donde alborotadoras criaturas plumíferas de brillantes ojos, y de todos los tamaños y colores, estuvieran medio ocultas entre matorrales de terciopelo y tapicería *y* ramajes de mármol *y* bronce. La fauna *y* la flora lo sobresaltaban por igual, *y en* medio de ellas se retrajo su magullado espíritu y plegó las alas. Pero alternó detenciones *y* avances, explorando *y,* hasta cierto punto, gozando de la vasta espesura... en cuyas profundidades se encontró de improviso con la señora Folliott, a quien viera por última vez, medio año atrás, en Londres, y que entonces le hablara, precisamente, sobre Phil Bloodgood, el cual durante algunos años previos había hecho también para ella las veces de agente confidencial norteamericano y factótum, como habría dicho ella misma, pero que en aquella fase era ya tan poco merecedor de su buena opinión, debido a las cosas inusitadas que parecía estar haciendo, que ella planeaba regresar inmediatamente a su patria, como no había tenido escrúpulo en proclamarlo, para retirar de sus manos todo asunto.

Mark recordaba lo muy intranquilo que ella lo dejara entonces, cómo aquella misma conversación con ella lo había llevado al borde de un acceso de pánico, por haberle parecido una personita sumamente aguda y perspicaz... si bien él había ratificado con gran énfasis y retórica su propia confianza y defendido, hasta el agotamiento, a su querido amigo. Ese encuentro subsistía en su memoria por una grata sensación de cálida intimidad, siendo en realidad como era su compañera de apariencia tan dulce; le agradaba pensar en cómo habían confraternizado a cuenta de su discrepancia y se habían motejado de idiotas, o casi casi, sin ofensa alguna. Siempre constituía un vínculo el haber forcejeado, sin ningún verdadero rasguño, con semejante carácter; y en el momento presente abrigó la palpitante esperanza de que algo de ello hubiese perdurado. De todas suertes, *él* no había regresado inmediatamente a su patria, en el momento en que estaba en Londres: por aquel entonces no estaba haciendo nada, y había continuado sin hacer nada; necesitaba, antes de mostrarse suspicaz —tal había sido su postura—, tener algo más, al fin y a la postre, en que basarse. También la señora Folliott, y de forma grandemente expresiva, ahora se acordó de él *y* celebró verlo; *y* como asimismo se alojaba en el hotel se sentó a su lado, bajo una amplia palmera, en un extravagante salón rococó, circundados de las más sonrosadas, o sea las más rollizas, imitaciones de lienzos de Boucher,[1] y deseó saber si *ahora* apoyaría él a su estafador. Ella misma habría podido tenderse sobre una nube, muy aceptablemente, al rollizo estilo Boucher, de no haber estado demasiado vestida para semejante actitud... pero había percibido de forma harto realista lo que tan lógicamente había acontecido: sin demora le hizo alusión a la «fuga» de Bloodgood.

Al regresar a su patria, ella había actuado con energía: había salvado cuanto había podido... lo cual no había evitado, sin embargo, su muy deplorada pérdida de alrededor

[1] François Boucher (1703-1770), pintor y grabador francés, típico representante del rococó. Cultivó preferentemente el desnudo femenino en temas mitológicos. *(N. del T)*

de diez mil dólares. Se mostró encantadora, vivaz, amigable, simpática, vinculó perfectamente a Monteith con su discusión aquel día durante la fiesta sobre un barco que recorría el Támesis; pero, sentada con él aquí durante media hora, únicamente habló de su propio, su cruel sacrificio... ya que jamás recobraría un solo penique. Él había sentido, al toparse con ella, gran anhelo por su compañía, de tan flagrantemente como, hacia el final de la mañana y de sus sombríos deambulares dispersos, ya estaba harto de personas de escasa receptividad, pareciéndole tener a todo su alrededor seres intensa aunque insulsamente animados, pero al propio tiempo irritantemente indiferentes. *Ellos* tendrían, él *y* ella al menos, su común dolor; a consecuencia de lo cual, curiosamente, podría sentirse menos desamparado. No es que deseara que lo compadeciesen (francamente, no se compadecía a sí mismo); había dado un respingo, más bien, aun hasta el punto de una angustia vicaria, a cuenta de la malhadada figura del deshonrado Bloodgood, en el instante de serle mencionado de nuevo. Pero sí quería, como con una desesperada caridad, dar un sesgo más tolerable a la pura repugnancia de los hechos esenciales, librarse de su obsesión por ellos mezclándola con algún otro reproche, algún otro dolor, apenas importaba cuál... con tal que se tratara de una experiencia ajena; constituiría una oportuna ventilación por efecto de la cual su propia experiencia tendría, en cierto manera y para un hombre de generosa condolencia, un sabor más diluido y menos ponzoñoso.

Al cabo de unos cinco minutos de departir con la señora Folliott, sin embargo, sintió sellársele los resecos labios en un impostado rictus sonriente. Ella no *comprendía* nada: no asimilaba ideas más amplias o finas que las que pudieran ajustarse a su escaso talento; de modo que si bien había recordado o imaginado que él tenía aún, hasta hacía poco, intereses en juego, el fulgurante resultado de su cháchara egocéntrica fue que él deseara haber optado por conversar con el camarero francés que iba y venía al fondo de la vista que tenía al cafetín oriental como culminación, o con el policía de afuera, la parte superior de cuyo casco asomaba sobre el alféizar de una de las ventanas. Ella se lamentó hasta el exceso por su perdido dinero: ella que, seguro estaba, todavía conservaba ingentes cantidades; le dio vueltas a su desnudo agravio, con sus enjoyadas manitas de esmerada manicura, hasta crispar los nervios masculinos; desplegó todas las peripecias de su historia, la calamitosa fatalidad de haber dudado y vacilado, de haber planeado una cosa y hecho exactamente la contraria, de haber decidido estúpidamente no marcharse durante la temporada,[2] cuando por primera vez tuvo la intención. Insultó al autor de los males de ambos —reconociendo de esta guisa el derecho de Monteith a aborrecerlo— por comportarse como el forajido que fehacientemente había demostrado ser, pero lo hizo con una vulgaridad de análisis y una incapacidad para la crítica elevada, como juzgó su escuchador, que lo movieron a decidir resentidamente, casi lóbregamente, que ella no tendría el privilegio de saber ni un ápice de *su* visión o su versión de lo que les había sobrevenido a ambos y de cómo, en concreto, se había producido ello; y que, por consiguiente, jamás sospecharía (¡aunque bien poco iba ella a sufrir así!) lo muy interesante que él habría podido estar. Ella no tenía, en el sentido más sutil, modales, e internarse con ella en una retrospección era —ya que su discurso versaba sobre pérdidas– – ver todo el episodio despojado de cualquier dignidad. Cierto es que tales reflexiones, o cualquier resquicio de ironía interna, le habrían sonado a chino a la señora Folliott.

Cierto es también, sin embargo, y apenas más desasosegante, que cuando por último

[2] La «temporada» londinense duraba desde mayo hasta julio, meses en que todas las personas pudientes o distinguidas que estuvieran en Inglaterra procuraban congregarse en Londres. *(N. del T)*

tuvo ella la comparativamente más feliz idea de decir «¡Almuerce *con nosotros,* mi pobre amigo!» *y* mencionó a tres o cuatro miembros de su «grupo» —un grupo nuevo, más bien, para ella, todo espléndidos almuerzos allí los domingos y gran diversión, cuyos miembros se presentarían de un momento a otro—, esto a él le pareció tan agradable como lo que más; de modo que poco después, aún más inmerso en la selva y mientras, bajo una temperatura propia de un asfixiante mediodía, con el grupo al completo «pidiendo» los platos, se secaba el sudor que le perlaba el rostro, notó que estaba dejándose llevar. Ciertamente hizo eso hasta el extremo de olvidar cualquier reflexión sobre los modales de la señora Folliott. Allí no importaban, ni importaban los de nadie; y si ella cesó de lamentarse por sus diez mil dólares fue sólo porque entre voces mucho más fuertes no podía hacerse oír. El pobre Bloodgood no tuvo ninguna oportunidad, como quien dice, no salió a colación en ningún momento; el grupo era tan nuevo que —ya que no hubo griterío por él, o hubo demasiados otros, a propósito de otros fugitivos, en los intervalos— sus miembros nunca habían siquiera oído hablar de él ni estaban más interesados en conocer la verdadera interioridad de la señora Folliott, al menos en lo tocante a aquel asunto, de lo que poco antes lo estuviera ella en conocer la de Monteith.

No hay nada como un grupo de amigos, bien lo sabía este infeliz, para que uno se sienta solo, y así fue como se sintió cada vez más, según se desarrollaba el almuerzo; pero de esta guisa logró al menos separarse hasta cierto punto de la terrible mujercita; tras lo cual, y antes de que concluyera la reunión, deseó con aún mayor ardor separarse de todos los otros. A decir verdad, ya estaba a punto de realizar esta maniobra cuando lo detuvo la jovial dama que había estado sentada a su izquierda y que por lo visto tenía más que decir sobre hoteles, dentro y fuera del centro de la urbe, que ninguna otra dama del mundo sobre ninguna otra cuestión: se expresaba empleando exclusivamente términos hoteleros, y los nombres de tales establecimientos asumían a lo largo de su discurso el papel de un *leit—motif* que se exhibiera recurrentemente *y* se moviera retozonamente dentro de una pieza de moderna música profana. Deseaba presentarle a la hermosa señorita a quien había traído consigo y que al parecer le había indicado que bajo ningún concepto debía dejar de hacerlo.

—Tengo entendido que conoce usted a mi cuñado, el señor Newton Winch —dijo inmediatamente la hermosa señorita; movía la cabeza y la espalda a la par, como mediante un resorte común, efecto de una tortícolis o de algo suelto en la parte de atrás de la cabellera... pero tornándose, por extraño que parezca, aún más hermosa por ello. Gracias a los periódicos se había enterado su cuñado de la llegada del señor Monteith —el señor Mark P Monteith, ¿verdad?— y de dónde se alojaba, y ella había estado en su presencia, tres días atrás, en aquel preciso instante; a consecuencia de lo cual había dicho su cuñado: «Caramba, ¿qué será lo que trae de vuelta al bueno de Mark?» Él —Newton– – parecía haber creído que ese haragán, como lo llamaba, jamás *querría* regresar; *y* ella se figuraba que si hubiera sabido que iba ella misma a conocer a tan querido amigo («Eso es lo que afirma que es usted, caballero», dijo la hermosa señorita) le habría encargado que le preguntara la razón de su regreso. Pero, en realidad, la verdadera alegría sería, prosiguió ella, que el tan querido amigo fuera personalmente a visitarlo y contársela; últimamente parecía muy abatido.

—Oh, me acuerdo de él. —Mark no repudió su amistad, situándolo fácilmente; sólo que por entonces no estaba casado y la hermana de la hermosa señorita debió de aparecer más tarde; su ignorancia de tales cosas demostraba que había perdido el contacto. La her-

mosa señorita lamentó tener que decirle en respuesta que su hermana no estaba viva: había fallecido dos años después de casarse; de modo que Newton vivía solo en un apartamento de la calle 50, donde (a guisa de explicación de su «abatimiento») llevaba días y más días encerrado a causa de una fortísima gripe... aunque ahora había entrado en decidida fase de recuperación: de lo contrario no habría acudido a visitarlo, no ella, que la había pasado diecinueve veces y no quería pasarla una vigésima. Pero no parecía sino que el temible veneno se hubiera infiltrado hasta lo más hondo del espíritu del pobre Newton.

—Hasta tal punto *puede* afectarlo a uno, ¿sabía usted? —Luego, mientras con su singular contorsión orientaba deliciosamente los ojos hacia nuestro amigo, añadió—: ¿Querrá usted visitarlo?

Mark reflexionó:

—Vaya, he de ir a visitar a una mujer...

Ella le quitó las palabras de la boca:

—Naturalmente que ha de ir a visitar a una mujer: lo mismo hace todo hombre en Nueva York. Pero Newton no es mujer, por desgracia para él hoy; ¡y una tarde dominical, en esta urbe, con este tiempo, a solas...!

—Sí, ¿verdad que es algo espantoso? —Se sentía fascinado por ella.

—¡Oh, ustedtiene a una mujer!

—Sí que la tengo... ¡gracias al cielo! —El fervor de esto fue su sincero homenaje a la misiva que la mañana del viernes había recibido de la señora Ash, única cosa que había mitigado un poco su tristeza.

—Pues compadézcase de los demás. Visítelo a él también. ¡Cuéntele la razón!

—¿La razón de que haya yo regresado? ¡Estoy *muy* contento de haberlo hecho... ya que me ha permitido conocerla a *usted!* —repuso Monteith con bastante aplomo, prometiendo que haría lo que pudiera. Le había agradado la hermosa señorita, con su abordaje directo y su atrevida desmaña... amén de su diferencia respecto de los otros por algo así como una serenidad y una distinción emanadas del hecho de sentir tan visible cariño por Newton. No obstante, le resultaba increíble, y daba prueba del paso de los años, el que Winch —tal como lo había conceptuado él antiguamente— pudiera*figurarde* ese modo en el cariño de alguien.

3

Afuera, bajo la intensidad del frío —fue un salto del Trópico al Polo—, sintió nuevamente lo que se desprendía de lo que acababa de estar diciendo: que de no ser por la grata carta de bienvenida de la señora Ash, enviada, de modo característico, tan pronto como hubo visto, al igual que el leal sufridor de la calle 50, su nombre, en un periódico, en el registro de huéspedes de un hotel, él verdaderamente no habría osado, por falta de afectos *y* apoyos, afrontar el vacío *y* el frío juntos, sino que habría vuelto a hurtadillas a la selva e intentado perderse allí. Emprendió, dadas las circunstancias, el esfuerzo opuesto, resuelto a caminar, aunque demorándose algunas veces en vagas encrucijadas, irradiaciones de senderos hacia la nada, o escrutando gélidamente el prolongado aunque todavía sólo bosquejado panorama, como le parecía, de la Avenida Norte, relumbrante e inhóspita, lozana y áspera, sorprendente y previsible en cierto modo, una perspectiva equiparable a una página de audaces tópicos modernos. Apenas si sabía lo que se había

Librodot

esperado al regresar a su patria: desde luego, no comités de bienvenida y bandas de música; sin la señora Ash, no obstante, su correo habría carecido abrumadoramente de cordialidad, y no parecía sino que Phil Bloodgood se hubiera esfumado no sólo con una gran tajada de su pequeño *peculium,* sino también con todos los rotos fragmentos del pasado, el remanente de las viejas amistades que él había contado con recoger de nuevo. Pues bien, quizá pudiera aún recoger unas pocas... con el sudor de su frente; cuando menos, ninguna iniciativa que partiera de las mismas, según consideraba a estas alturas, habría de traérselas emocionadamente a su presencia.

Tales meditaciones no consiguieron sino avivar su presentimiento del encanto que hallaría en la renovación de una de sus más inveteradas costumbres en el viejo París (aquella preciada costumbre de nueve años atrás, cuando aún creía en los resultados de su queridísima frecuentación de las Bellas Artes): la de caminar junto al río hacia la Rue de Marignan, precisamente todos los domingos sin excepción, para sentarse al calor de la chimenea de la señora Ash, quedándose a menudo, sin duda abusivamente, más tiempo que ningún otro de sus visitantes. ¡Cómo solía desear esas horas entonces, y hasta qué punto le pareció tener otra vez ante sí, en seguida, ahora, la Rue de Marignan! Por entonces cultivaba la costumbre de ir a visitarla allá con sus problemas, fueran cuales fuesen; y a ella siempre le eran motivo de diversión... lo cual era su feliz, su inteligente forma de tomárselos: en aquella etapa no habría podido hacer nada mejor por ellos, insignificantes bagatelas en comparación con lo que habrían de llegar a ser, que sentirse divertida. Quizá fuera así como volvería a sentirse... ante sus problemas de la hora presente: ahora también podrían inspirarle el tratamiento que mejor aplicaba y en el cual era instintiva especialista; esto al menos no prometía ser algo que hubiera de molestarlo. No sería como si, sin ir más lejos, la señora Folliott, para compensar el haberlo aburrido con sus propias lamentaciones, hubiese tenido visos de divertirse adrede con las de él.

—¡Me siento *tan* contenta de verlo, tengo *tal* montón de cosas que contarle! —Veinte minutos más tarde, no bien se presentó ante ella, experimentó con la mayor esperanza la sensación de volver a estar en la Rue de Marignan al contemplar aquella acogedora estancia y los objetos que contenía, todos reconstituidos, reagrupados, maravillosamente conservados, incluyendo los asientos en idéntica disposición que antaño y el tenue husmo dulce de generaciones enteras de cigarrillos; pero todo lo demás era diferente, e incluso vagamente desconocido, y por un motivo que nada tenía que ver con el prolongado intervalo y los algo patéticos cambios en el rostro de la deliciosa y entrañable mujer. Él había tenido en cuenta los nueve años, y lo mismo, era de esperar, había hecho ella; pero lo último, por otro lado, en que habrían debido aparecer modificaciones, pensó de inmediato, era en la índole, la intensidad, de su alegría por verlo. Ella sentía alegría, oh sí, y de modo bien patente y emotivo y hasta radiante (sólo que estaba, a las claras, un poco *más* deteriorada de lo que auguraba aun el paso de nada menos que nueve años): a decir verdad, nada habría podido coronar con una más suprema ansiedad el montón de cosas que tenía que «contarle» que su peculiar matiz de decidido regocijo por tenerlo justamente a él para contárselas. Quizá no habría hecho falta la prontitud con que sacó a relucir e hizo resonar, por así decirlo, sobre la mesita de taracea que mediaba entre ambos (tesoro que él envidiaba desde antiguo), la maciza moneda áurea de historia actual con que pensaba pagarlo por su tan oportuno regreso; a esas alturas ya había él adivinado, sin necesidad de que se lo dijeran, que alguna íntima tensión doméstica, entre aquellas paredes, debía de haber llegado recientemente a su culminación y que él podría servir

Librodot

formidablemente —¡oh, vaya si habría de servir!— a guisa del más comprensivo de los oídos.

El meollo entero estuvo ante él, de todas suertes, con la menor de las demoras: Bob había recibido de ella, inequívocamente, a principios de semana, y ahora era algo absolutamente definitivo, el requerimiento de que debían anunciar públicamente su separación... sin ninguna clase de horribles «pleitos», pero con el sustento de ella, su independencia, asegurado para el resto de sus días. Ella había estado pensándoselo, tomándose su tiempo, y había tenido que pasar por... vaya, un amigo tan antiguo adivinaría sobradamente el qué; pero al fin sabía, por fortuna, lo que quería, ya vería él si lo sabía o no; en medio de todo lo cual, y de forma tan feliz, había regresado él para presenciar el desenlace, y ella egoístamente se alegraba mucho. Bob se había ido a Washington... con el pretexto de tal o cual negocio, pero en realidad para recobrar el aliento; ella lo había, hablando vulgarmente, dejado sin resuello y le estaba concediendo tiempo para recuperarse. La señora Folliott, aparte, segura estaba, había ido a verlo: ciertamente se rumoreaba que alguien la había visto por allí cinco días atrás; y, por supuesto, la primera necesidad de Bob sería apañar, a medias con la señora Folliott, alguna coartada para su uso en público. ¿Sabía Mark lo de la señora Folliott, quien, por cierto, sólo era otra más de un verdadero «harén»? No era que importara mucho, no obstante, si no lo sabía: luego se lo contaría todo sobre *ella.*

Él aprovechó la ocasión del primer asomo de una pausa, pero no exactamente para preguntarse si sabía o no lo de la señora Folliott (aunque tal vez pudiera figurarse algo): seguramente fue en este momento cuando, tras haber adoptado definitivamente una postura, y precisamente en su *bergère* tapizada, ésa de los deliciosos «motivos» espectrales en el asiento y el respaldo, exhaló en parte, y sin embargo se las arregló también para guardarse en parte, el hondo suspiro resignado de una percatación global. Había comprendido lo que se le «avecinaba»; oyó que ella repetía (lo dijo una y otra vez, pareció que lo dijera eternamente, mientras le sonreía sin que apenas se enturbiara su peculiar encanto refinado, su decidida jovialidad apasionada): «¡Egoístamente me alegro mucho, egoístamente me alegro mucho!» Bueno, tenía sus razones para alegrarse así: ante él iba a poder exponer todo el caso, todos sus propios problemas *y* proyectos *y* cada acto de la tragicomedia de su vida reciente, cual si fuera él su mejor y más fiable seguidor en el mundo entero. No habría ninguna oportunidad para el caso *de él,* pese a que constituía la principal razón de su visita; no obstante, a él le sobrevino sólo una débil convulsión secreta: la momentánea agitación de sustituir, con un movimiento de mano, la perspectiva de un interés por la de otro.

Sacando pecho en su vieja *bergère, y* sellando sus labios, para el resto de la visita, en el mismo rictus pasivo que asumiera una o dos horas atrás en beneficio de la señora Folliott —y que ahora habría de despejar totalmente el escenario para la algo más prolongada representación presente—, se prohibió de un modo tajante, como lo calificó para sus adentros incluso mientras resolvía hacerlo, cualquier exigencia de un trato especial y rindió un riguroso esfuerzo de justicia al objeto de la locuacidad de su amiga, Pues era toda la justicia que podía pedirse de él el que, aunque secretamente no estuviese interesado en que ella estuviese interesante, aun así estuviera ella interesante, de todas suertes, por la mera rotundidad de su precioso material (¡Bob Ash *era* un asno redomado!), y él no dejara de aparentar ser consciente de que lo estaba, sí, hasta el final. Cuando, transcurrida una hora, se levantó para marcharse, el rico hecho de que ella lo *ha-*

Librodot

bía estado flotaba entre ambos, dando la impresión de que hubieran gozado de un encuentro al calor del fuego, franca, valerosa e inocentemente íntimo, y superior incluso a sus mejores recuerdos del hermoso pasado. No la había «divertido», no, como en los tiempos de la Rue de Marignan: por entonces era él quien en su mayor parte hablaba, enfático, categórico, elocuente, paseándose de un lado para otro sobre el maravilloso parqué encerado mientras ella reía desde las profundidades de la segunda *bergère, la* que hacía juego, como a cuenta de la joven perversidad masculina. Hoy, ella se lo había guisado y se lo había comido todo, dejándole apenas la ocupación de exclamar perpetuamente: «¡Bravo!» Pero ello se debía al trueque básico de las circunstancias: la diversión —tan sólo otra denominación para la atención absorta— había sido inevitablemente *para él* porque ¿cómo habría podido no serlo con semejante «festín» para su curiosidad? Ahora con la hora de la merienda se presentaban otras visitas, y él se escapó arguyendo que anhelaba reflexionar sobre todo lo hablado. Nuevamente esperó no tener un rictus demasiado sospechoso al aseverarle, cual si ella pudiese comprender perfectamente lo que quería él significar, que había estado absorto hasta la médula. Pero ella repuso, de un modo espléndido, que él la había extasiado *a ella* hasta el delirio; y la sinceridad femenina quedó acreditada por su campechanía final cuando se separaron hasta la próxima ocasión:

—Mi alegría por haberlo visto a usted es egoísta, horriblemente egoísta, lo admito; ¡si *eso* no le basta...! —Al decirlo se encendió su apagada belleza.

4

Según reanudaba él su caminar, ya de nuevo en la calle, comprendió hasta qué punto *debería* bastarle eso y meditó que probablemente no podría obtener nada más en mucho tiempo. Hasta que transcurriera dicho tiempo, sin embargo, ¿cuántos problemas no habrían de sobrevenirle a él, pobre diablo, en su nueva coyuntura? Durante una buena temporada, en todo caso, ella no iba a poder preocuparse demasiado por otra cosa que los términos tan rebuscadamente excéntricos en que debería establecerse su nueva relación con su marido, por culpa de la inimitable necedad de este caballero. Tal era una de las vertientes, justamente, del peculiar encanto de ella, esa la más brillante jovialidad dentro del más exquisito apasionamiento; ¡con un despliegue de *esta* combinación, sintió Mark mientras avanzaba (ojalá hubiera podido hacerle aún mayor justicia), había necesitado obsequiarlo! El exquisito resurgir postrero de su apagada belleza no podía menos que permanecer en su memoria; no obstante, al detenerse en seguida en una esquina de una barriada sólo redimida de la desolación por el paso en ese preciso instante de un agobiado tranvía que, mientras él se quedaba quieto para dejarlo pasar, aulló bajo el peso de su humano aditamento, le pareció sentir el mismo «vacío de estómago» de un hambriento ante la maravillosa visión de la cena de otra persona. Florence Ash había engullido, como quien dice, la cena de apreciación, apreciación del montón de cosas que tenía para «contar», que él le había aportado; y estaba saciada, sin ningún género de dudas: saciada, saciada, saciada, repitió pensativamente, melancólicamente, y al propio tiempo, sin embargo, una pizca maquinalmente, mientras se detenía otro instante por el sufrido grito de otro transporte público *y* por un extraño *y* súbito retorno espontáneo de sus pensamientos hacia la hermosa señorita, flor del grupo de la señora Folliott, que le

Librodot

hablara sobre Newton Winch. Extraordinariamente, no pareció sino que de improviso le recordara, desde la otra punta de la urbe, que *ella* le había propuesto una cena; de un modo realmente singular, mientras continuaba quieto, no pareció sino que ella le hubiera indicado dónde podría hallar su condumio. Allí, de todas suertes, al parecer no habría de verla a ella... y ¿cómo era posible, al fin y a la postre, que hubiera algo alimenticio en la imagen de Newton Winch? Al punto resolvió que su imagen se había visto revestida de tal cualidad, sorprendentemente infundida por la hermosa señorita, gracias al simple hecho de ser en ese preciso instante la única imagen conocida para él que la implacable urbe podía ofrendarle. Nada, reflexionó al cabo de un instante, podía ser tan «desusado» como que, dolido y asqueado, en un crudo atardecer neoyorquino, no tuviera otro lugar adonde acudir que la aludida calle 50.

Por consiguiente fue ésa la dirección que tomó, y, cuando dio con el número que le facilitara la misma notable enviada del destino también presente en su memoria, reconoció la directa intervención de la Providencia y que por fuerza se necesitaba un milagro para explicar su impensado acercamiento al más lejano de sus conocidos. A decir verdad, el milagro no tardó en perfilársele con nitidez: la Providencia había escogido, por algún oscuro designio, precisamente esta atribulada hora para salvarlo de cultivar el pecado del egoísmo, la obsesión de la egolatría, y lo purificaba dirigiendo constantemente su atención hacia casos ajenos. ¿Quién podía aventurar lo que en tan crítico momento habría sido de la señora Folliott (¡ahora tristísimamente enredada también de otra manera!) si no le hubiera sido dado ventilar ante él su agravio y su indignación?; igualmente, ¿quién podía negar que había tenido que hacerle un inmenso bien a Florence Ash el ordenar sus ideas sobre Bob gracias a la presencia de una persona para quien la visión de Bob a la luz de tales ideas (o, en otras palabras, la visión que de Bob tenía *ella* sin necesidad de nada más) poseía, venturosamente, gran poder de evocación? Era en estas mismas líneas generales como el pobre Newton Winch, viudo, solitario, enfermo, acaso agonizante, y con la desventaja de una personalidad no muy atrayente —cuando menos, tal como la recordaba Markque encarar en casi cualquier imaginable solicitud de ayuda humana, era en estas líneas, primordialmente, como el infortunado caso de la calle 50 se le presentaba ahora como fuente de saludable disciplina. Habría podido antojársele insólita la hora escogida para tal lección, en vista de la otra ocasión bastante especial de purificarse que había tenido su alma durante los últimos tres días en su habitación del hotel; pero, a todas luces, la lasitud de su caridad requería alguna admonición más intensa que cualquiera con que pudiera toparse azarosamente, y cuando por último, una vez localizada la morada de Winch, fue debidamente elevado hasta su piso y pulsó el timbre eléctrico de su puerta, sintió que en verdad actuaba como por impulso de un intencionado codazo.

5

Dentro del apartamento al cual fue admitido, por añadidura, la sutil inteligencia que le hemos atribuido quedó confirmada en menos de tres minutos... ya que no fue más lo que tardó en decirse para sus adentros, frente a su viejo conocido, que jamás había visto a nadie tan cambiado para bien. El sitio, que parecía poseer la luz de un lujoso estudio a la vez que el aire general de otras profusiones y amplitudes, acaso lo desanimó un poco por

Librodot

los diversos énfasis chillonamente falsos, los del «arte» doméstico contemporáneo, que saltaban a la vista de manera algo desaforada. El escenario era más pequeño, pero la abigarrada tez del Pocahontas, cubierta por maquillaje y lunares Du Barry, debía de haber constituido su pauta —que había sido seguida con la más costosa ingenuidad—, de modo que, a las claras, Winch era hombre adinerado en estos días, como parecía ser adinerada la mayoría de la gente en Nueva York: como lo era Florence Ash a pesar de la depredación de Bob, como lo era incluso la señora Folliott a pesar de la de Phil Bloodgood, como había de serlo incluso el propio Phil Bloodgood por muy obvias razones, como, en definitiva, conocían todos el secreto de serlo, o de creer serlo, o de parecer serlo... al menos todos excepto Mark Monteith.

Estas cosas dejaron de importar, sin embargo, frente a su rauda y fuerte sensación de que su anfitrión, pálido, nervioso, sonriente, rasurado, había pasado por algún extraordinario proceso de refinamiento desde la última vez que se vieran. Había estado enfermo, inequívocamente, y los efectos de una inmersión en un modo de vida terapéutico, favorecedor de toda clase de bondades, eran a menudo sorprendentes, a veces casi encantadores. Pero, con independencia de esto, y durante un periodo mucho mayor, manifiestamente había tenido que despuntar en él algún principio de inteligencia, algún arte de saber vivir. Recordado de los tiempos escolares *y* de esos dos o tres desdichados *y* engañosos años de la Facultad de Derecho como constitucionalmente vulgar, como constantemente, y por lo tanto incluso sin duda poderosamente, muy ramplón, avispado tan sólo para asuntos zafios y chabacanos, ahora era, no obstante, como si súbita y misteriosamente se hubiera reformado. Hubo encanto en su sonrisa amplia, «ojerosa», convaleciente, y en la forma en que sus delicados dedos —¿antiguamente tenía algo parecido a unos dedos delicados?— se movieron, y aun se ajetrearon, al ofrecerle al visitante, con prontitud y acaso con una pizca de confusión, cigarros, licores, ceniceros; al indicarle un lugar para el sombrero, el bastón y el abrigo; al brindarle las mejores atenciones y comodidades. Así, pues, ¿cómo diantres había conseguido el encanto, para aparecer como lo más destacado, se preguntó Mark, «arrinconar» los otros ingredientes de antaño? Para que en este corto lapso hubiera logrado impresionarlo hasta ese extremo, ¿qué fuerza lo había estimulado, qué patentado proceso, de ésos tan prodigiosos que Nueva York producía en cantidades industriales, le había sido certeramente aplicado? ¿Eran éstas las cosas que hacía Nueva York cuando uno le entregaba *todo* su ser y que él mismo, en tal caso, se había perdido con quizá excesiva complacencia? Extraña casi hasta el punto de anonadarlo en un primer momento —cual exhibición de algo preternatural— fue esta sensación como de que Newton, por su parte, no se hubiera perdido nada ni hubiera dejado escapar nada, y hubiera alentado, con miras a este *coup de théâtre, las* antiguas expectativas de una decidida abyección. Realmente habría podido interpretarse como un acto de mala fe, como una de esas insólitas demostraciones de sutileza que rara vez se hacen con un propósito honrado o normal.

Al menos era eso lo que bullía en el agitado cerebro de Monteith: una rarísima intensidad de aprehensión, admiración, ofuscación, extrañamente propiciada y agudizada por la entreclara luz septentrional de la tarde de marzo y por el atractivo espléndidamente vulgar de medio centenar de efectos excesivos de decoración. Todo había sido sobrepasado ya, sin embargo, al instante siguiente, pues ¿acaso no era el hombre a quien tan confiadamente había acudido a visitar de modo paternalista el que lo estaba desarmando con las extraordinarias palabras: «Oye, ¿sabes una cosa?: estás enfermo, o

has sufrido un terrible disgusto, o alguna brutal desilusión; ¿estás segurísimo de que podías salir?»? Sí, al cabo de un instante dio crédito a sus propios oídos: el vulgar y ramplón Newton Winch, a quien había acudido a visitar porque al fin y a la postre, como caballero, podía permitírselo, el vulgar y ramplón Newton Winch, que había tenido graves problemas y sido envenenado por la gripe, enfermando lamentablemente, y que exhibía en su rostro, y en la tensión misma —o sea, precisamente el «encanto»— de su proceder, las trazas de su reciente calvario y, por añadidura, de una gallarda recuperación no del todo completa... este sorprendente ex—camarada sencillamente se mostraba de improviso (al menos en la enardecida imaginación de nuestro amigo) como el más distinguido de los hombres. Oh, *él* iba a estar interesante, no menos de lo que lo había estado Florence Ash; pero Mark sintió que, merced a una gran diferencia patente, ello sería por efecto de que él mismo estuviera minuciosamente interesado. En seguida se dio cuenta de que las lágrimas visitaban sus ojos; a través de ellas clavó la mirada en su amigo con un intenso «Córcholis, ¿cómo lo sabes?, ¿cómo *puedes* saberlo?» A lo cual añadió antes de que Winch pudiera despegar los labios:

—Conocí a tu encantadora cuñada hace un par de horas, almorzando en el Pocahontas; y me hizo saber que estabas tristemente enfermo y que me habías mencionado. Conque he acudido a visitarte.

El destinatario de este propósito permanecía allí, considerablemente inquieto, desplazando su peso de un pie al otro, mudando de emplazamiento, iniciando y abortando gestos, prendiendo fósforos para un nuevo cigarrillo, ofreciéndole uno otra vez a su visitante, con redundancia, para después no encender el suyo... pero todo el rato con la sonrisa de un hombre distinto del que conociera Mark, todo el rato brillándole con la mayor donosura la circunstancia de que algo le había sucedido. A partir de ahora, Mark tuvo conciencia de dos constataciones bien diferentes en su fuero interno: la de su prácticamente instantánea rendición a los efectos de esa comprensión por parte de su anfitrión de la cual habían sido totalmente incapaces las dos mujeres presumiblemente educadas en el arte de agradar; y la de alguna otra condición en Newton que burlaba aplastantemente sus pobres facultades adivinatorias. Desde luego que fue éste el caso cuando el anfitrión, muy simpáticamente, casi radiantemente, a guisa de comentario a aquella exposición de la razón de su visita, dijo:

—¡Ah, vaya, cuán interesantísimo!

Ésta fue la nota sorprendente, después de todo lo que había tenido que soportar: ni la señora Folliott ni Florence Ash le habían siquiera sugerido o insinuado que *él* pudiera merecer tal elogio. Por consiguiente no es de extrañar que ahora estuviese extasiado, habida cuenta de tan inmediata estimación y apreciación por parte de su nuevo acompañante... si bien, a decir verdad, no iban a transcurrir muchos minutos antes de que cada uno pareciera estar intentando decidir quién podía imputarle al otro un mayor milagro de percatación. En otras palabras, Mark estaba tan impresionado ante la conjetura extraordinariamente certera con que Winch lo había obsequiado que, al sumársele otras raudas impresiones, no pudo menos que exclamar:

—¡Has tenido que vivir, mi querido amigo, algo más bien pasmoso!

Posteriormente habría de recordar la aún más intensa e irresistible sonrisa ojerosa, el aún más inequívocamente profundo escrutinio de la atenta mirada oscura, que acompañaron a la no instantánea réplica a aquella observación:

—¿Cómo lo sabes... o por qué lo supones?

—¡Porque has *tenido* que vivirlo... para mostrarte tan perspicaz! Jamás lo habría esperado.

—Entonces, ¿me considerabas tonto de remate? —dijo riéndose el pasmoso Newton Winch.

6

No era capaz de decir nada que, o por el fondo o por la forma, dejara de mejorar la opinión que de él tenía Mark, y nuestro amigo, al poco rato, mientras persistía este efecto, fue consciente de estar mirándolo de hito en hito casi en demasía. Todo, momento tras momento, excitaba su curiosidad: la interrogante, sin ir más lejos, de si los muy ordinarios ojos del Newton Winch de su primera juventud habrían podido parecer, ante alguna incitación, más atentos o más oscuros; la interrogante, sobre todo, de cómo *este* imprevisto aspecto nacía del sorprendente poder de sugestividad de sus extraordinariamente reactivas comisuras labiales... exhibidas, con gran ventaja (ahora ensayó una explicación), gracias a la eliminación del que probablemente había sido el más vulgar de los bigotes. Tras esto, al propio tiempo, se le hizo vívida la rareza de esa precisa consecuencia, sin dejar de entregarse francamente al escrutinio propio de su curiosidad mientras recordaba cómo notara una vez en Phil Bloodgood la consecuencia contraria de tal experimento. De antemano habría pensado que el pobre Winch no podía permitirse el riesgo de exhibir su «verdadera» boca, al igual que habría pensado que, a pesar del exquisito ornamento que tan considerablemente se la embozaba, Phil sólo podía salir ganando si exhibía la suya. Pero ver realmente afeitado a Phil —como una vez le había acontecido— equivalía a rogar de todo corazón que su pilosidad rebrotase sin demora: bajo el bigote de Phil no había nada que «compensara» en caso de su eliminación. En tanto pensaba estas cosas, la línea del gesto, como sólo podía denominarla, la línea movible, interesante, irónica, cuya gran curva doble iba, *en el* rostro que tenía frente a sí, desde los recios orificios nasales hasta la parte inferior de los carrillos, se convirtió en la explicación misma de su primer asombro ante la adquisición de distinción por parte de Newton. Éste se había rasurado y estaba felizmente transfigurado. Phil Bloodgood se había rasurado y se había poco menos que perdido; no obstante, ¿por qué tenía que entregarse justamente ahora a esta reminiscencia con tanto ahínco?

También esta interrogante, por una extraña asociación de ideas, se le planteó a Mark aun ante la presencia de tantos indicios de que el estado de su propia alma estaba siendo escrutado a cada instante. Phil Bloodgood había ocasionado el estado de su alma; por consiguiente había cierta justificación para asociar ideas; sólo que se volvió aún más llamativa la circunstancia de que desde el momento en que su compañero lo había sondeado, y sondeado, se percataba él, hasta lo más hondo, su disposición a hablar, su necesidad de hablar, el deseo que por la mañana rompiera el conjuro de su reclusión, el impulso que lo llevara con gran derrota a los brazos de la señora Folliott y a los de Florence Ash, estas fuerzas parecían haber visto decrecer su ansiedad y crecer súbitamente su discreción. Su compañero estaba hablando de nuevo, pero por lo mismo, justo ahora, incongruentemente, desapareció del todo su necesidad de franquearse ante alguien. No parecía sino que su propio caso ya hubiera sido tratado por unas manos sensibles; *y* esto, al fin *y* a la postre, era lo máximo a que había aspirado su modesto

Librodot

anhelo.

—Ya sé la razón de tu regreso; ¿te contó Lottie que me la preguntaba yo con intensidad? Pero toma asiento, toma asiento (¡aunque permíteme que, bruto nervioso como soy, permanezca de pie!), y créeme si te digo que ya he dejado de preguntármela. ¡Mi querido amigo, la he *adivinado!* No puede ser sino a causa del malhadado Phil Bloodgood. Se te ve el influjo del muy bestia... y ¿cómo no iba a ser así, después de lo que te ha hecho? Ayer vino a visitarme un tipo, Tim Slater, a quien creo desconoces, que siempre está «en el ajo» de todo dos minutos después de que acontezca (¡nunca he visto hombre igual!) y que confirmó mi suposición (toda mía, sin embargo, fíjate, en un primer momento) de que eres uno de los damnificados. Así, pues, ¿cómo diantres *no* vas a sentirte abatido? ¿Por qué *debería* parecer que disfrutas de los mejores días de tu vida? ¡Qué cerdo por haberte hecho esa jugarreta *a ti, a ti,* entre todos sus amigos! —Así prosiguió Newton Winch, y así la atmósfera entre los dos hombres habría podido ser, para un momentáneo observador —lo cual es en verdad lo que yo invitaría al lector a volverse—, la de una demostración nerviosa, aunque del todo respetuosa, así como sumamente aguda, de interés por una de las partes y, por la otra, en seguida, la de una finalmente fascinada aceptación de tan generosa, y sobre todo tan acertada, curiosidad—. ¿Te *molesta* que te pregunte? Porque si te molesta no insistiré; ¡pero como hombre cuyas responsabilidades, algunas de ellas al menos, no difieren mucho, pienso, de algunas de las de él, me gustaría saber cómo es que contaba con autorización para...! Pero ¿estoy haciéndote mal?

Mark estaba retrepado en su asiento, agitándose aunque reprimiéndose, con ambos codos en ángulo recto y las manos crispadamente entrelazadas ante sí: de muy análogo modo, por cierto, a como había estado sentado una hora atrás en la vieja *bergère* tapizada; no obstante, así como entonces toda su rigidez había sido la de un duro esfuerzo por atender y aceptar, ahora era en su mayor parte por miedo de entregarse demasiado histéricamente a hablar por los codos. Extrañamente, por lo demás —puesto que su herida continuaba muy abierta—, había dado un respingo al oír aquellos calificativos contra el autor de la misma. No lo habían inquietado tanto los epítetos que empleara la señora Folliott, pues habían ido dirigidos contra el despojador de su fortuna. En cuanto despojador de la de él mismo, no deseaba tanto insultarlo cuanto —¡incluso aún más «divertidamente», si falta hiciere!— comprender, acaso con una sagaz ayuda, cómo semejante hombre, en semejante relación, había *podido* tomar semejante senda; lo cual era precisamente la interesante luz para alcanzar la cual podrían quizá auxiliarlo la curiosidad y la compasión de Winch. En todo caso, declaró inmediatamente que no deseaba hacerse el mártir:

—Me siento dolido, lo admito, y es una cosa horrible para que le haya acontecido a uno; no obstante, cuando lo llamas bestia y cerdo, más bien me rebelo, pues jamás habitaron bestias ni cerdos, creo, en la clase de infierno que ahora debe él de vivir.

Newton Winch, junto a la chimenea, hundidas las manos en los bolsillos, en los cuales su visitante advertía que los largos dedos tamborileaban contra los muslos, Newton Winch se balanceó con suavidad, y echó hacia atrás la cabeza y lanzó una carcajada:

—¡Vaya, he de decir que te lo tomas de un modo admirable... tanto más cuanto que volver a verte así equivale a sentir que si alguna vez ha habido un hombre cuya delicadeza *y* confianza *y* general actitud le hayan otorgado derecho a un trato especial,

Librodot

ese hombre eres tú!

Y de nuevo quedaron más directamente encarados... con Newton sonriendo *y* sonriendo con *tantísimo* aprecio, casi dando pie a que nuestro amigo se preguntara si alguna vez habría habido un hombre que sonriera de oreja a oreja con un efecto tan favorecedor. Repuso, sin embargo, que lo que Newton describía con esos halagadores términos era un cliente tentadoramente necio; después de lo cual, y del intercambio de una o dos declaraciones más en pro de la justicia y la decencia, y de uno o dos argumentos más en pro de la aún más exquisita idea de que hasta la más vil fechoría tenía siempre en uno u otro lugar, con tal que uno supiera localizarlo, su lado propiciatorio, nuestro protagonista se halló otra vez de pie, bajo el influjo de la súbita desaparición de todo excepto del horror: un horror producido por cierto giro de su conversación y verdaderamente por la audacia de la misma. No pareció sino que de improviso hubiera irrumpido un distante eco de una persecución encarnizada, una visión de su viejo amigo acorralado y angustiado... pues la vívida imaginación de ello suscitada por este otro amigo, este otro compañero irresistiblemente inteligente, había hecho parecer consumado lo más horrible.

—Oh, el mero hecho de poder esbozar una mueca de disgusto ante alguien, *y* que tú me lo permitas *y* me comprendas y te intereses, eso —dijo Mark— es lo que me hace bien, y no las preguntas incómodas. Me refiero a que no siento ningún interés por *mi* caso; lo que me pregunto yo, ¿sabes?, es qué se podría hacer por Phil Bloodgood. Quiero decir, o sea... —Y perdió el hilo, sin saber finalmente lo que quería decir, pues un gran aluvión de meros recuerdos, un gran sonido susurrante como de reverberaciones densas, densas, se elevó ahora hasta precipitarse sobre él, que lo recibió con semblante en verdad convulso. Si no tenía cuidado acabaría aullando; así, pues, tuvo cuidado más o menos exitosamente, si bien su anfitrión lo contempló vívidamente mientras él atajaba de momento ese peligro—. Da igual... aunque realmente se trata de *eso:* de que anhelaba esta mañana, después de tres calamitosos días encerrado y solitario, que mis amigos se interesaran por mí. Lo único de lo que soy consciente ahora, palabra de honor, es de que me gustaría verlo.

—¿Te gustaría verlo?

—¡Oh, no digo —sonrió pesarosamente Mark— que me gustaría que él me viese *a mí. ..!*

Newton Winch, desde donde estaba —y ahora estaban juntos sobre la gran alfombra de chimenea, que constituía un triunfo del orientalismo moderno—, extendió una de las ya aludidas manos sensibles, y con un expresivo ademán de cabeza se la posó en el hombro:

—¡No le desees eso, Monteith, no le desees eso!

—Bien, pero así —y Mark enarcó aún más las cejasél vería cómo sigo en pie; ¡lo vería sobradamente!

—¡No quiera Dios que lo vea, mi querido camarada! —exclamó Newton como por el dolor que supondría eso.

Mark tuvo a cuenta de su idea, de todas suertes, la más extraña sensación de una exaltación que le creciera con el recurso a la franqueza:

—Me entran ganas de buscarlo. ¡Que me aspen si no me entran ganas... dondequiera que se halle!

La mano de su acompañante aún descansaba sobre él:

—¿Irías a buscarlo?

Mark lo ratificó, aunque intentando deshacerse de la solemnidad por antojársele pretenciosa:

—Iría como una bala. —Y luego añadió—: Y probablemente (en cuanto haya terminado contigo) *iré*.

—¿En cuanto hayas terminado «conmigo»?

—Vaya. —Había quedado una pizca desconcertado ante aquel tono—. Lo digo porque tú me habrás ayudado.

—¡Oh, yo no siento otra cosa que deseos de ayudarte! —repuso Winch, lo cual pareció devolverlo todo a la normalidad... máxime porque nuestro amigo aún se sentía efusiva y alentadoramente asido. Pero Winch prosiguió—: *¿Irías a* buscarlo... con benevolencia?

—Vaya, para comprender.

—¿Para comprender cómo fue capaz de estafarte?

—¡Vaya —ahondó Mark—, para intentar comprender con su colaboración por qué, después de cosas como...! —Pero guardó silencio; no se sentía capaz de nombrarlas.

Pareció que su compañero las supiese:

—Cosas, naturalmente, como todas las que hiciste por él, los favores con que lo agasajaste.

—Oh, desde muy jóvenes. ¡Si yo te contara —se dolió vanamente nuestro amigo—, si yo te contara!

Newton Winch le dio una palmadita en el hombro:

—¡Cuéntame, cuéntame!

—¡La clase de relación que sosteníamos, quiero decir: tantísimas cosas irrepetibles...! —De nuevo se interrumpió, no obstante; notaba que le temblaba la voz.

—Cuéntame, cuéntame —repitió Winch con otra palmadita.

Ahora el tono de ello hizo que una vez más se encontraran sus miradas, y Mark, con su nuevo escrutinio del transformado rostro de su amigo, calibró como nunca hasta ahora, comoquiera que fuese, el alcance de los recientes estragos:

—Debes de haber estado enfermísimo.

—Sin ningún género de dudas. Pero ahora estoy mejor. Y tú estás haciéndome bien. ––Con lo cual se restableció la luz de la convalecencia.

—¿No te fastidio intolerablemente?

Winch hizo un ademán negativo con la cabeza, y dijo:

—Me enriqueces... y ya ves que no tengo a nadie más que quiera estar conmigo.

La mirada de Mark discernió que ahora *estaba* mejor... pero que no era del todo como si ya nada lo torturara. ¡Si alguna vez había habido un hombre a quien algo aún lo torturara...! Sin embargo, no cabía insistir sobre esto y, por otra parte, a todas luces necesitaba compañía.

—Henos aquí, pues. Yo tampoco tenía a nadie a quien acudir.

—Me estás salvando la vida —sonrió Newton renovadamente.

7

—Pues bien, la culpa es sólo tuya —comentó Mark ante aquello— si me empujas a

aprovecharme de ti. —Winch había retirado la mano, que, ya de vuelta en el bolsillo del pantalón, removía violentamente llaves o monedas; y en esta actitud quedó bruscamente inmóvil, con una perceptible abstracción que podía significar ora un extraño decaimiento de su interés, ora una transición a un nuevo pensamiento, ora simplemente el súbito acto de prestar atención. A decir verdad, su visitante había tenido la impresión —ante tamaño indicio— de oír un ruido:

—¿No estarán (si es que has oído algo) llamando a la puerta?

Mark lo dijo tan despreocupadamente, sin embargo, que quedó sorprendidísimo al advertir que su anfitrión parecía palidecer; y ahora, por otra parte, éste *estaba* prestando atención.

—¿Tú has oído algo? —dijo.

—Creía que lo habías oído *tú.* —Era el propio Winch quien, cuando Mark pulsara su timbre, le había abierto la puerta del apartamento: prueba, a todas luces, de que las tardes dominicales eran de asueto para criados o asistentes o aun enfermeras tituladas. Ello también había revelado qué etapa de su convalecencia atravesaba, y en este sentido —tras el inicial acceso de sorpresa— le había allanado el camino a Monteith. En el momento presente no se tomó la molestia de comprobar si llamaba alguien: desentendiéndose de ello como por algún extraño impulso contrario, abandonó su emplazamiento y se paseó nerviosamente de un lado para otro por la espaciosa estancia... tan sólo, no obstante, para volver al cabo de un momento sobre la recién expresada lamentación de su amigo ante el riesgo de estar fastidiándolo—: Si te empujo a aprovecharte de mí (a, vale decir, hablarme placenteramente) es porque ello es justamente lo que deseo. ¡Háblame, háblame! —Llegó al extremo de gesticularle para que continuara hablando; cambió nuevamente de asunto, sin embargo, para decir con cierto apremio—: ¿No estarías mejor sentado?

Mark, que permanecía junto al fuego, no tuvo más remedio que declinar el ofrecimiento:

—Muchas gracias; así estoy muy bien. Pienso en cosas y no puedo estarme quieto.

Durante unos instantes, Winch bajó la mirada, y luego inquirió:

—¿Estás segurísimo?

—Desde luego: así estoy estupendamente si a ti no te molesta.

—¡Como gustes, pues! —Tras lo cual, balanceando otra vez de modo extravagante las largas piernas, Newton se giró en redondo sobre sus talones... sólo que con un movimiento que, ahora que le presentaba la espalda, le pareció a su visitante la más caprichosa de todas las manifestaciones de su más bien enigmático proceder. Era curiosamente distinto con la espalda vuelta, como ahora lo advertía Mark por vez primera: se movía oscilando un poco, como por un exceso de incertidumbre en el andar; y esta impresión fue tan extraña, suscitó en nuestro amigo, de inmediato y con gran inquietud, tal necesidad de explicación, que enmudeció el suficiente rato como para que Winch tuviera tiempo de volverse de nuevo. Lo cierto es que para entonces había llegado éste último hasta uno de los extremos de la estancia, el gran mirador, donde se plantó, con la espalda hacia la calle y el rostro nuevamente a la vista, para dejar que sus pasajeramente abatidos y excitados ojos abarcaran lo más que pudieran del amplio piso, escudriñándolo fugazmente con tanta libertad de búsqueda como permitía la disposición del mobiliario. Buscaba algo, aunque este patente propósito de su ojeada no duró más que un segundo. Mark lo percibió, no obstante, y, con toda su propia sensibilidad en acción,

Librodot

en seguida se halló pensando que ello significaba algo y que lo que ello significaba estaba relacionado con la algo enfática sugerencia de su anfitrión, la sugerencia de un momento atrás, al efecto de que no permaneciese de pie. A estas alturas ya había advertido Winch con bastante claridad que lo había dejado en suspenso; lo cual motivó que de improviso se miraran con una nueva tesitura desde extremos opuestos del amplio espacio.

Todo había cambiado: había cambiado extraordinariamente tras la simple exhibición de aquella espalda, *cuyo* traicionero aspecto seguramente no había sospechado su poseedor. Si el quid era el grado hasta el cual podían excitarse sus respectivas sensibilidades, de todas suertes, no iba a ser la de Mark la que vibrase con menor operatividad. Saltaba a la vista que su anfitrión había advertido que notoriamente había acontecido algo en aquellos pocos instantes, pero en él mismo despuntó una inducción que lo movió a no alterar su proceder. Ya podía el propio Newton recurrir a cualquier proceder que se le antojase. Sus ojos habían escudriñado el piso para localizar algún objeto caído o descolocado, algún objeto, más exactamenté, turbador o comprometedor; y había querido que su visitante no presenciara esta escena desde la gran alfombra de chimenea —esa alfombra donde antes había estado él controlándolo, hipnotizándolo hasta cegarlo—, *porque* desde ahí debía de ser más visible el objeto de marras. Mark asimiló esto con un renovado estancamiento —mientras lo invadía la aprensión— de su facultad de hablar y, al propio tiempo, con un inmenso deseo de que sus ojos pareciesen mirar únicamente a su amigo, quien espetó ahora, por cierto, una nueva sugerencia:

—¿No vas a aprovecharte de mí, hombre, no vas a *aprovecharte?*

Todo había cambiado, ya lo hemos hecho constar, y nada podía probarlo mejor que la circunstancia de que, merced a ese mismo criterio, la calidez hubiera desaparecido de las cuerdas vocales de Winch, en tanto que cierta irritación, abrupta y casi imperiosa, había ocupado su lugar. «¡Eso es que advierte que advierto algo!», se dijo Mark para sus adentros; pero no le hizo falta añadir que ello no impediría que continuara advirtiendo cosas... sencillamente porque, de modo milagroso, fue exactamente esto lo que hizo al mirar con aún mayor intensidad. Fue inexplicable, pero el acto mismo de pestañear ahora en medio de una tentativa de exhibir una perceptible firmeza coincidió de todo punto con una excursión óptica que duró una milésima de segundo pero que lo hizo percatarse de que el borde de una alfombrilla, en el sitio donde la cubría parcialmente una butaca algo desviada de su idónea posición, no acababa de tapar bien cierto objeto raro *y* pequeño, pulcro *y* brillante, curvo y compacto, a pesar del enérgico empujón subrepticio que se le había dado para dejarla de una determinada manera. Nuestro hombre, desde donde permanecía, y mientras miraba de frente al director de escena, aun así miró, como a causa del minúsculo destello de un reflejo de pulido metal, *bajo* el asiento. Lo que identificó, al menos conjeturalmente, como algo siniestro, lo dejó helado unos instantes, y aún le duraba este escalofrío cuando Winch lo interpeló otra vez, en un estilo radicalmente distinto de cuantos hasta ahora había empleado:

—¡Por el amor de Dios te suplico que me hables, que me *hables!*

Esto tuvo una entonación de pura alarma y angustia, pero por lo mismo resultó, cuando menos, más humano que los cegadores fogonazos de inteligencia con que el pobre lo había obsequiado hasta el momento.

—Eres tú, mi buen amigo, el que tiene graves problemas —repuso Mark con preocupada rapidez—, y te presento disculpas por haber estado tan embebido en mi deplorable asunto.

—Desde luego que tengo graves problemas. —Tras lo cual tornó Winch a aproximársele—. Pero lo que precisamente deseaba era que te desahogases.

Ante esto, Mark Monteith, pese a toda su creciente consternación, no pudo menos que echarse a reír; su sentido de lo grotesco se tragó entero, en esta breve convulsión, su sentido de lo siniestro. ¡Tan conveniente era en momentos de sufrimiento, por lo visto, el sufrimiento de otra persona, y tan valiosísima era asimismo la expiatoria compasión!

—Entonces, ¿estabas interesado en...?

—Estaba interesado en que estuvieses interesante. *¡Y lo estás!* ¡Pero mis nervios...! —dijo Newton Winch con un semblante del cual se había borrado la desconcertante sonrisa, pero en el que el refinamiento, como tan persistentemente lo denominaba Mark, subsistía en medio de los estragos.

Mark no cesaba de maravillarse; discernía cosas extrañas.

—Tus nervios están necesitados de compañía. —Ahora fue capaz de posar su mano en él, incluso aunque poco antes hubiera sentido la posesiva y controladora presión de la de Winch—. Para ti mi compañía resultará igual de buena, o todavía mejor —insistió—, que la tuya para mí *y* mi agravio. ¡Háblame *tú,* háblame *tú,* Newton Winch! —añadió con enorme inspiracion caritativa.

—Lo mío es algo muy distinto: ¡nadie puede consolarme! Pero sí voy a decirte una cosa. ¡Si piensas ir a buscar a Phil Bloodgood...!

—¿Y bien? —dijo Mark al callarse el otro. El otro continuó callado, y ahora tenía Mark una mano en cada uno de los hombros de Winch y lo asía desde la longitud de sus brazos, lo asía con un sutil propósito nada ajeno a su visión de la elegante pistola pequeña que éste último había estado empuñando en la lujosa butaca de marroquí —era del más exquisito color naranja— y que luego había depositado en el piso... donde, después de dejar entrar a su visitante, al volverle su existencia a la memoria y comprender que no podría recogerla sin ponerse en evidencia, había esperado disimular, con el empujón de un pie o alguna otra maniobra subrepticia, su visibilidad.

Ahora estaban más juntos que nunca y Winch se mostraba enteramente pasivo, con ojos en los cuales ya no parecía quedar secretismo alguno, y dejando percibir a las sensibles manos que lo asían un intenso, un extraordinario temblor generalizado. Ante el requerimiento de Mark opuso nuevamente una breve pausa, pero la índole de la misma, sumada a su semblante tan elocuente, fue la de una herida profunda.

—Vaya, pues que bien puedes ahorrarte *esa* molestia. Entérate de que yo soy exactamente igual.

—¿Exactamente igual que Phil...?

No pestañeó:

—No estoy seguro, pero me parece que soy peor.

—¿Quieres decir que tú también participaste en la estafa...?

—Quiero decir que seguramente me buscan. Sólo que me he quedado a verlo.

Mark echó hacia atrás la cabeza, pero intensificó el asimiento de sus manos. Inexpresablemente comprendió, y nada en el mundo se le había antojado nunca tan singular y terrible como este acto de imbuirse mediante un largo y tenso abrazo a distancia, por así denominarlo, del monstruoso motivo del «refinamiento» de su amigo. Había sido, con su incalculable influjo, el refinamiento de los negocios financieros, cuyos frutos estaban a la vista ante ellos. No obstante, prodigioso era el interés, pues verdaderamente prodigioso —según se le perfilaba a Markhabía tenido que ser el proceso.

—¿A «verlo»? —hizo de eco; y luego, aunque balbuceando un poco, inquirió—: ¿A ver el qué?

Apenas había hablado cuando en la puerta sonó de improviso un penetrante sonido agudo, de tono tan elevado y perentorio que con el susto que le dio se relajó un instante su asimiento de los hombros de su anfitrión, aunque sin la consecuencia de movimiento alguno por parte de los mismos como no fuera el producido por un temblor claramente más intenso del hombre entero.

—¡Por *eso!* —dijo Newton Winch.

—¿O sea que lo sabías...?

—Me lo figuraba. Me has ayudado a aguardar. —Y luego, como Mark exhalara un irónico gemido, precisó—: Me has sacado de dudas. Mi estado *necesitaba* algo o alguien. Así, pues, para completar el favor, ¿tendrías la bondad de abrir la puerta?

Hasta lo más hondo de los ojos lo miró Mark, pero sin lograr descubrir en sus profundidades ningún vestigio del hombre pretérito. Era al hombre pretérito a quien incómodamente había recordado; sin embargo, ¡ojalá hubiera sido simplemente a *ése a* quien hubiera tenido que visitar! Acto seguido orientó derechamente la mirada hacia la butaca bajo la cual yacía el revólver y que tenían a menos de un par de metros. Notó que su compañero reparaba en ello, y eso los llevó a otro largo intercambio mudo.

—¿Qué vas a hacer?

—Nada.

—¿Tengo tu palabra de honor?

—*¿Mi* palabra de «honor»? —repuso su anfitrión con una entonación que él pensó, aun en el momento mismo de escucharla, que jamás olvidaría.

Eso le produjo un intenso sofoco; desasió las protectoras manos. Luego, como por efecto de una última mirada que le lanzó, exclamó:

—¡Eres pasmoso!

—*Somos* pasmosos —dijo Newton Winch mientras, al propio tiempo, el timbre eléctrico horadaba, otra vez y más prolongadamente, el cálido ambiente de cigarrillos.

Mark se giró sobre sus talones, alzó al cielo los brazos, y sólo cuando hubo pasado al vestíbulo y puesto la mano en el picaporte cesó el horrible sonido. Al instante siguiente estaba frente a dos visitantes: un personaje indefinible de sombrero alto y cuello *y* puños de astracán, *y* un enorme policía armado, un espléndido y macizo «agente» neoyorquino de la tipología que ya había tenido ocasión de readmirar durante su caminata, esa tipología que por derecho propio —como le sugería su atenta observación— figuraba entre los pacificadores de la tierra. La pareja pasó adentro sin mediar palabra; pero cuando Mark cerraba la puerta tras ellos oyó la inconfundible detonación de un disparo y, tan inmediato a ella como para fundirse en una sola violencia, el ruido de un batacazo: cosas éstas cuyo efecto fue llevarlo en volandas, por así decirlo, junto con sus acompañantes, hasta el umbral de la estancia en menos de lo que se tarda en contarlo. Pero de poco sirvió su conjunta precipitación: Newton yacía boca arriba junto al fuego; se había descerrajado un tiro en la sien y su rostro aparecía horriblemente desfigurado. Los emisarios de la ley, mirándolo, profirieron simultáneamente una imprecación blasfema, y luego, mientras el prócer del sombrero alto se arrodillaba junto al destinatario de su visita, el del casco alzó una severa mirada hacia Mark:

—¿No le parece, caballero, que habría podido evitarlo?

Mark asimiló un centenar de cosas, a su propio sentir: cosas de la escena, del

momento y de todos los insólitos momentos precedentes; pero un aspecto se le impuso con aún mayor vividez que los demás:

—En realidad me parece que a efectos prácticos lo he causado.